

tiempo, toda calamidad pesa sobre el porvenir tanto como sobre el presente; durante dos años, en 1784 y 1785 en el Toulousain, habiendo muerto la sequía á los animales de tiro, muchos labradores se ven obligados á dejar sus tierras sin cultivar. En segundo lugar, cuando se cultiva, se hace al estilo de la Edad media. Arturo Young, en 1789, opina que en Francia «la agricultura está aún en el siglo x.» Salvo en Flandes y en la llanura de Alsacia, los campos quedan en barbecho cada tres años y muchas veces cada dos. Malos útiles, ningún arado de hierro; en muchos puntos sólo se usa el arado de Virgilio. El eje de las carretas y los aros de las ruedas son de madera, y más de una vez el rastrillo es una baranda de carreta. Poco ganado, pocos abonos; el capital aplicado al cultivo es tres veces menor que ahora. Flacos productos; «nuestras tierras ordinarias, dice un buen observador, dan unas con otras al rededor de seis veces la simiente (1). En 1778 en la rica comarca que rodea á Tolosa, el trigo no da más que cinco al año. Arturo Young, calcula que en su tiempo el área inglesa produce 28 fanegas de grano, y la francesa 18, que el producto total de la misma tierra durante igual período de tiempo, es de 36 libras esterlinas en Inglaterra y sólo de 25 en Francia. Como los caminos vecinales son horribles y el transporte es muchas veces impracticable, claro es que en los cantones recónditos, en los malos terrenos que apenas dan tres veces la simiente, no siempre hay de que comer. ¿Cómo vivir hasta la cosecha próxima? Tal es la constante preocupación antes de la Revolución y durante la misma. En las correspondencias manuscritas, veo que los síndicos y alcaldes de aldea estiman la cantidad de las subsistencias locales, tantas fanegas en los graneros, tantas gavillas en las granjas, tantas bocas que mantener, tantos días hasta los trigos de Agosto y deducen que para que la provisión baste, falta aún para dos, tres y cuatro meses. Tal estado de comunicaciones y de agricultura, condena á un país á carestías periódicas y me atrevo á decir que al lado de la viruela que de cada ocho muertos causa uno, se halla entonces una enfermedad endémica tan repugnante y mortal como ella, el hambre.

No se tiene la menor idea de que sea el pueblo y sobre todo el labrador quien padece de ella. Así que sube el precio del pan ya no puede alcanzar á él, y hasta sin subir, apenas lo alcanza. El pan de trigo

(1) El marqués de Mirabeau en su *Tratado de la población*, p. 29.

cuesta como ahora de tres á cuatro sueldos la libra, como puede verse en el *Diálogo sobre el comercio de los trigos*, p. 193, pero el valor medio del jornal de un hombre, sólo es de 19 sueldos en vez de 40, de manera que con el mismo trabajo, en lugar de un pan, el jornalero no puede comprar más que medio. Calculado todo, y reduciendo los salarios al precio del grano, se encuentra que el trabajo anual hecho por un obrero rural, podía darle entonces 959 libras de trigo, y hoy día 1.851; así su bienestar ha aumentado en 93 por 100. El de un criado mayor, se ha acrecentado en un 70 por 100, el de un viticultor en 125 por 100. Eso basta para demostrar cuanto sería su malestar en aquel tiempo. Y este malestar es peculiar de Francia. Por observaciones y cálculos análogos, Arturo Young, llega á demostrar que en Francia «los que viven del trabajo del campo, y son los más numerosos, están en 76 por 100 menos acomodados que en Inglaterra y un 76 por 100 peor alimentados, peor vestidos y peor tratados lo mismo estando sanos que enfermos.» Del mismo modo en las siete octavas partés del reino no hay arrendatarios sino colonos. El labrador es sobrado pobre para emprender su cuenta el cultivo; no hay capital agrícola (1). «El propietario que quiere hacer valer su tierra no halla para cultivarla sino infelices que no tienen más que sus brazos; se ve obligado á hacer á su costa todos los anticipos del cultivo, ganado, instrumentos y sementera, y hasta anticipar á este colono lo necesario para mantenerse hasta la primera cosecha.» «En Vatan, por ejemplo, en el Berry, casi todos los años, casi todos los colonos, toman prestado su pan á los propietarios para poder atender á la cosecha.» «Es muy raro hallar alguno que contraiga deudas con su amo por 100 libras anuales cuando menos.» Muchas veces les propone éste que se queden con toda la cosecha, á condición de que nada le pidan en todo el año: «estos miserables» han reusado; entregados á sí mismos no tendrían seguridad de vivir. En Limousin y Angoumois, es tal su pobreza «que deducción hecha de las cargas que satisfacen, no tienen más de 25 á 30 libras que poder gastar al año y por persona, no digo ya en dinero, sino contando todo lo que consumen en especie de lo que cosecharon. Muchas veces tienen todavía menos, y cuando no pueden absolutamente subsistir el dueño está obligado á suplir lo que falta... El colono está siempre reducido á lo absolutamente necesario para no morir de hambre.» Por lo que

(1) Efemérides del ciudadano VI, 81 á 94 y IX, 99.

respects al pequeño propietario, al villano que cultiva por sí mismo su propio campo, no es mucho mejor su situación. «La agricultura, como puede verse en el *Tratado de la población*, p. 83, del marqués de Mirabeau, tal como la practican los labradores, es un verdadero presidio; perecen por millares desde su infancia, y en la adolescencia tratan de colocarse en cualquiera otra parte distinta de aquella en que deberían estar.» En 1783, en toda la llanura del Toulousain no comen más que maíz, mezclada de pequeños granos y muy poco trigo; durante la mitad del año, los de la montaña se mantienen de castañas; la patata apenas se conoce y, según Arturo Young, de cada cien labradores, noventa y nueve no querían probarla. Según los relatos de los intendentes, la base de la alimentación es en Normandía la avena; en el distrito electoral de Troyes, el trigo sarraceno; en la Marche y el Limousin el trigo sarraceno con castañas y rábanos; en Auvernia, el trigo sarraceno, las castañas, la leche cuajada y un poco de cabra salada; en Beauce, una mezcla de centeno y de cebada; en Berry, una mezcla de cebada y de avena. Nada de pan de trigo; el labrador no consume más que las harinas inferiores porque no puede pagar su pan sino á dos sueldos la libra. Nada de carnes; todo lo más mata un cerdo al año. Su casa es de tapial, cubierta de rastrojo, sin ventanas, y la tierra apisonada forma el piso. Hasta cuando la tierra proporciona buenos materiales, piedra, pizarra y tejas, las ventanas no tienen cristales. En una parroquia de Normandía; como se lee en Hippeau VI, 91, en 1789, «la mayor parte están edificadas sobre cuatro estacas,» muchas veces son establos ó trojes «en los que se levanta una chimenea con cuatro varaes y barro.» Para vestido, harapos, y muchas veces, en invierno, harapos de tela. En el Quercy y otros puntos, no llevan medias, ni zapatos, ni zuecos: «Le es imposible, dice Young, á una mente inglesa imaginarse los animales que nos sirvieron en Souillac, en la posada del *Sombrero rojo*; seres llamados mujeres por cortesía de los habitantes, en realidad, montones de estiércol ambulantes. Pero en vano se buscaría en Francia una criada de posada vestida con limpieza.» Léanse algunas descripciones hechas sobre el terreno y se verá que el aspecto de la campiña en Francia, así como el de los labradores, es el mismo que en Irlanda; por lo menos en sus principales caracteres.

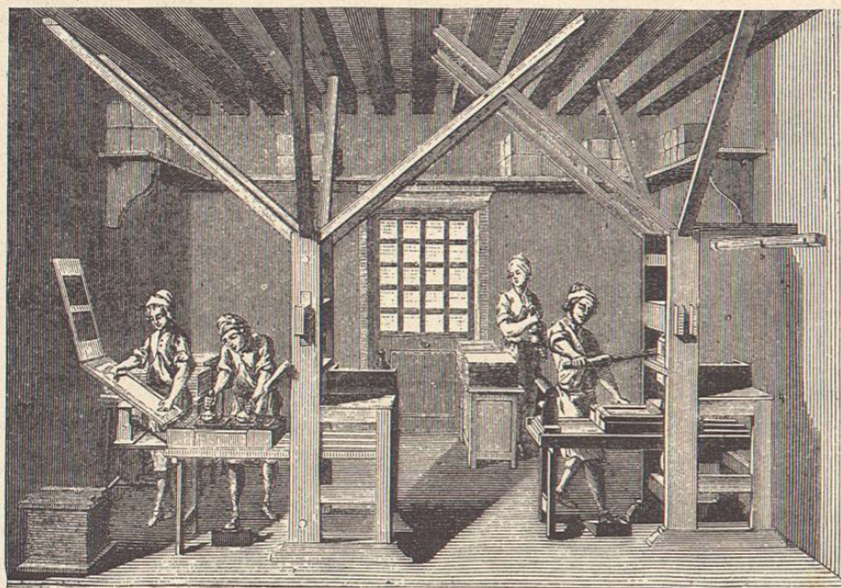
### III

En las comarcas más fértiles, en Limagne, por

ejemplo, chozas y casas, todo anuncia «la miseria y el sufrimiento,» como dice Dulaure en su *Descripción de Auvernia*: «La mayor parte de los labradores son débiles, extenuados, de corta estatura.» Casi todos cosechan en sus heredades trigo y vino, pero se ven obligados á venderlo para pagar sus rentas y sus impuestos; sólo comen un pan negro fabricado de cebada y centeno y no tienen otra bebida que el agua con que lavan los restos del orujo. «Un inglés, dice Arturo Young, que no haya salido de su país no puede figurarse el aspecto de la mayor parte de las labradoras de Francia.» Arturo Young que habla con una de ellas en Champagne, dice «que aún de muy cerca se le habrían supuesto de sesenta á setenta años, tan encorvada, arrugada y encallecida estaba por el trabajo; díjome ella que no tenía más que veintiocho.» Esta mujer, su familia y su casa, son una muestra bastante exacta de la condición del pequeño propietario labrador. Tienen por toda hacienda un rincón de tierra, una vaca y un miserable caballito; sus siete hijos consumen toda la leche de la vaca. Deben á un señor un *franchard* (42 libras) de trigo y tres pollos, á otro tres *franchards* de avena, un pollo y un sueldo, á lo cual hay que añadir la contribución y los demás impuestos. «¡Dios sea en nuestra ayuda, decía ella, porque las contribuciones y los derechos nos aplastan!» ¿Qué será, pues, en las comarcas en que es malo el suelo? «Desde Ormes (cerca de Châtelleraut) hasta Poitiers, escribe una señora, hay mucha tierra que nada produce, y desde Poitiers hasta Montmorillon, hay nueve leguas que equivalen á diez y seis de París, y os aseguro que no ví en este trayecto cuatro hombres, y tres de Montmorillon á mi casa, entre cuyos puntos hay cuatro leguas; y todavía no los vimos sino de lejos porque en el camino no encontramos ni uno siquiera. No os sorprenderá este país. Se tiene cuidado de casarles tan pronto como á los grandes señores «por temor á la milicia sin duda.» Mas no por eso está más poblado el país, porque casi todos los niños mueren. No teniendo apenas leche las mujeres, los hijos de un año comen ese pan de que os he hablado; por eso las niñas de cuatro años tienen un vientre grueso como el de una mujer en cinta.... Los centenos se helaron este año



el día de Pascua; hay poco trigo; de las doce granjas que mi madre tiene, quizá lo haya en cuatro. No ha llovido desde la Pascua; no hay heno, no hay pastos, no hay legumbres ni frutas, hé ahí el estado del pobre labrador; y por consiguiente no hay abonos ni ganado. Mi madre que siempre tenía muchos de sus graneros llenos, no tiene ni un grano de trigo porque hace dos años que mantiene á todos sus colonos y á los pobres.» «Se socorre al labrador, dice un señor de la misma provincia, Lu-



Una imprenta.— Máquinas de imprimir en el siglo XVIII

como medio de acarreo y de transporte. Por su parte, este colono no piensa mas que en vivir con el menor trabajo posible, en emplear la mayor cantidad de tierra que puede en pastos ó dehesa, en atención á que el producto resultante de la críazon del rebaño no le cuesta trabajo alguno. Lo poco que labra es para sembrar víveres de ínfimo precio propios para su sustento, el trigo negro, rábanos, etc. No tiene más goce que el de su pereza y su lentitud, no tiene otra esperanza que la de una buena cosecha de castañas, ni otra ocupación voluntaria que la de procrear;» no pudiendo tener criados de alquiler hace hijos. Los demás, peones, tienen alguna pequeña finca y sobre todo, «viven con lo que se presenta y con algunas cabras que todo lo devoran.» Y aún con mucha frecuencia se las mata por orden del Parlamento. Una mujer con dos hijos de teta, sin leche, sin una pulgada de tierra, á la que mataron de este modo dos cabras, su único recurso y otra á la cual se mató su única cabra y que va á

cas de Montigny, raras veces se le agravia, pero se le desdeña. Se le domina si es bueno y fácil, se le agría y se le irrita, si es malo. Le tienen en la miseria, en la abyección, hombres que no son inhumanos, pero que tienen la preocupación, sobre todo, entre los nobles, de que no es de la misma especie que nosotros. El propietario saca todo lo que puede y de todos modos, mirándoles, lo propio que á sus bueyes, como animales domésticos, les carga y se sirve de ellos en todo tiempo y para todos los viajes

pedir limosna con su hijo, van á llorar á la puerta del castillo; una recibe doce libras, á la otra se la admite como criada, y desde entonces, «esta aldea hace grandes saludos con cara muy risueña.» «En efecto, no están acostumbrados á los beneficios; padecer es el lote de todo ese mundo infeliz.» Ellos creen que la necesidad de estar oprimidos por el más fuerte, el más rico, el más hábil, el más acreditado, es inevitable como la lluvia y como la escarcha, y esto es lo que les imprime ese carácter de «sufrido-dolores, si se nos permite la expresión.»

En Auvernia, comarca feudal, cubierta de grandes dominios eclesiásticos y señoriales, la miseria es la misma. En Clermond-Ferrand, como puede verse por Arturo Young, I, 280, 289, 294, «hay calles que por el calor, la inmundicia y la peste, no pueden compararse sino con una zanja abierta en un montón de estiércol.» En las chozas de los barrios ordinarios «estrechez, miseria, suciedad, tinieblas.» La de Pradelles es «una de las peores de Francia.»

La de Aubenas, dice Young, «sería el purgatorio de uno de mis cerdos.» En efecto, los sentidos están embotados: el hombre primitivo está contento desde el instante que puede dormir y hartarse. Se harta, pero ¡con qué comestibles! Para aguantar este indigesto cebo necesita aquí el labrador un estómago más coriáceo aún que en Limousin; hay aldea en que diez años más tarde se matarán de veinte á

veinticinco cerdos al año que ahora no consumen más que dos ó tres. Cuando se contempla la rudeza de este temperamento intacto desde Vercingetorix, enfurecido además por el sufrimiento no puede menos de experimentarse horror. El marqués de Mirabeau, como puede verse en Lucas de Montigny, describe «la fiesta nativa del Monte-Daré, pintando á los salvajes bajando de la montaña á torrentes, el cura



Café público de primera clase

con la estola y el sobrepelliz, la justicia con peluca, la gendarmería sable en mano guardando el sitio antes de permitir que las gentes comiencen la danza interrumpida un cuarto de hora más tarde por la batalla; los gritos y silbidos de los niños, de los débiles y de otros espectadores azuzándoles como hace la canalla cuando se agarran los perros; hombres horrorosos, ó mejor, bestias feroces cubiertas de sayos de lana basta con largos cinturones de cuero con clavos de cobre, de talla gigantesca aumentada por altos zuecos, se empujan aún para mirar el combate patealeando progresivamente, frotándose los costados con los codos, la cara lívida y cubierta con sus largos y grasientos cabellos, palide-

ciendo la parte superior del rostro y agitándose la inferior para bosquejar una sonrisa cruel y una especie de impaciencia feroz. ¿Y esa gente paga contribución? ¡y todavía se le quiere quitar la sal! ¡Y no saben lo qué despojan, lo que mandan, el hambre á que reducen de una plumada escrita con pluma perezosa y floja, y siempre impunemente hasta la catástrofe! Pobre Juan Jacobo, decía para mí, el que te hubiese metido á tí y á tu sistema á copiar música en casa de esa gente, habría contestado bien duramente á tu discurso.» Advertencia profética, presentimiento admirable que el exceso del mal, no esconde el mal del remedio. Guiado por su instinto feudal y rural el viejo gentil-hombre juz-



ga á la vez al gobierno y á los filósofos, el antiguo régimen y la Revolución.

## IV

Cuando el hombre es miserable se agría, pero cuando es á la vez propietario y miserable se agría más. Pudo resignarse á la indigencia, pero no á la expoliación; y tal era la situación del labrador en 1789: porque durante todo el siglo XVIII había adquirido tierras. ¿Cómo lo hizo en medio de tanta penuria? Apenas es creíble aún cuando cierto; no puede explicarse sino por el carácter del labrador francés, por su sobriedad, su tenacidad, su dureza para consigo mismo, su disimulo, su pasión hereditaria por la propiedad y por la tierra. Había vivido de privaciones, economizado sueldo á sueldo. Cada año algunas monedas de plata iban á juntarse con el pequeño montón de escudos enterrado en el rincón más recóndito de su bodega. Ciertamente, el labrador de Rousseau que escondía su pan y su vino en un sitio, tenía un escondrijo más seguro aún; un poco de dinero en una media de lana ó en un jarro, escapa mejor que lo demás á las investigaciones de los comisionados. Haraposo, descalzo, sin comer más que pan negro, pero incubando en su corazón el pequeño tesoro en que funda tantas esperanzas, esperaba la ocasión, y la ocasión no faltaba. «A pesar de todos sus privilegios, escribe un gentil-hombre en 1755, como puede leerse en de Tocqueville, 117, la nobleza se arruina y se empobrece cada día; el Tercer estado se apodera de las fortunas.» Muchos dominios, por venta forzosa ó voluntaria, pasan así á manos de los banqueros, de la gente de pluma, de los negociantes, de los burgueses acomodados. Pero es seguro que antes de experimentar la desposesión total, el señor empeñado se ha resignado á las enagenaciones parciales. El labrador que ha untado la mano del administrador, se encuentra allí con su gato. «Mala tierra, mi señor, y que os cuesta más de lo que os produce.» Se trata de un retazo aislado, de la extremidad de un campo ó de un prado, á veces de una alquería cuyo arrendatario no paga ya; mas generalmente de una granja cuyos colonos menesterosos y perezosos ha de llevarlos á costas el amo. Este puede creer que la parcela vendida no es perdida para él, puesto que un día, por derecho de retroventa, podrá volver á adquirirla, y mientras tanto percibirá un censo, canones y provecho de los lotes y ventas. Por otra parte, en su casa y á su alrededor hay grandes espacios vacíos que la decadencia del cultivo y la despoblación

han dejado desiertos. Para que vuelvan á tener valor precisa transmitir su propiedad; no hay otro medio de volver á sujetar el hombre al terruño. Y el gobierno coadyuva á la operación; no percibiendo ya nada del suelo abandonado, consiente en retirar provisionalmente su mano hartado pesada. Por el edicto de 1766, una tierra desmontada queda libre por quince años de la contribución de explotación y por ahí, en 28 provincias se desmontan 400.000 fanegas francesas en tres años, como puede verse en las *Actas de la Asamblea provincial de la Normandía baja*, p. 205 (1787).

Hé ahí como, gradualmente, el dominio señorial se desmenuza y aminora. Al fin, en muchos puntos, salvo el castillo y la pequeña alquería contigua que produce dos ó tres mil francos anuales, el señor ya no tiene más que sus derechos feudales; el resto del suelo es del labrador. Ya en 1750, Forbonnais nota que muchos nobles y ennoblecidos «reducidos á una extremada pobreza con títulos de propiedad inmensa» vendieron al pequeño labrador á bajo precio, muchas veces, por el importe de la contribución. Hacia 1760 se dice que una cuarta parte del suelo había pasado ya á manos de los trabajadores agrícolas. En 1772, á propósito de la vigésima que se percibe sobre la renta líquida de los inmuebles, el intendente de Caen, habiendo hecho la lista de las cuotas, cree que de 150.000 «quizá hay 50.000 cuyo importe no excede de cinco sueldos, y quizá otras tantas que no pasan de 20 sueldos» (1). Observadores contemporáneos prueban esta pasión del labrador por la propiedad territorial. «Todas las economías de la clase baja que en otras partes se colocan

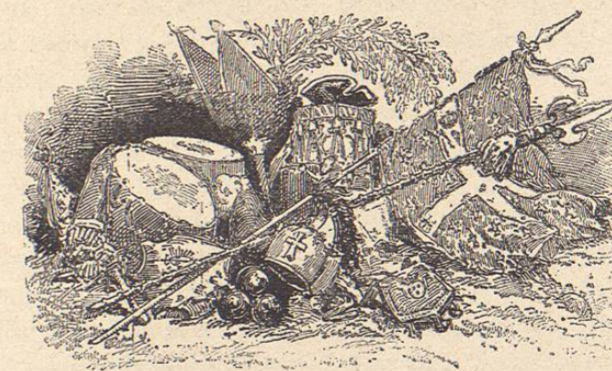
(1) *Archivos nacionales*, H. 1463 (Carta de M. de Fonttete del 16 Noviembre 1772). Cf. Cochut *Revista de Ambos-Mundos*, Setiembre 1848. La venta de los bienes nacionales no parece que haya aumentado de una manera perceptible el número de las propiedades pequeñas ni disminuido el de las grandes; lo que desarrolló la Revolución fué la propiedad mediana. En 1848 se cuentan 183 000 propiedades grandes (pagando 23.000 familias 500 francos de contribución ó más, y poseyendo 260 hectáreas por término medio, 150.000 familias que pagan de 250 á 500 francos de contribución y poseen 75 hectáreas por término medio). Estas 183.000 familias poseen 18 millones de hectáreas. Además, 700.000 propiedades medianas (que pagan de 50 á 250 francos de impuesto) y comprenden 15 millones de hectáreas. En fin, 3.900.000 propiedades pequeñas que comprenden 15 millones de hectáreas (pagando 900.000 de 25 á 50 francos de impuesto, término medio 5 hectáreas y media, 3 millones pagando menos de 25 francos y ocupando, por término medio, 3 hectáreas y media). Según las matrículas parciales de M. de Tocqueville, el número de propietarios territoriales ha crecido, por término medio, de 5 dozavas partes; iutego la población ha aumentado al mismo tiempo en 5 treceavas partes de 26 á 36 millones.)

en casas particulares y en la deuda pública, se des-tinan en Francia á comprar tierras.» Así, el número de las propiedades rurales pequeñas ha aumentado siempre. Necker dice que de ellas hay «una inmensidad.» Arturo Young, en 1789, se sorprende de su prodigiosa multitud y «se inclina á creer que forman la tercera parte del reino.» Esta sería ya nuestra cifra actual, y también con corta diferencia se encuentra la cifra actual, si se mira el número de propietarios comparado con el de habitantes.

Pero al adquirir el suelo, el pequeño labrador toma para sí sus cargas. Mientras era simple jornalero y no tenía más que sus brazos el impuesto no le alcanzaba sino á medias, «donde no hay nada, el rey pierde sus derechos.» Ahora, por más que sea pobre y diga que lo es más aún, el fisco tiene por donde cogerle en toda la extensión de su nueva propiedad. Los recaudadores, labradores como él y celosos en calidad de vecinos, saben lo que su hacienda al aire libre le ha dado; por esta razón se le toma todo cuanto se le puede tomar. En vano trabajó con nuevo ahinco; sus manos quedan vacías del mismo modo, y al cabo del año averigua que su campo

nada ha producido para él. Cuanto más adquiere y produce más pesadas se hacen sus cargas. En 1715, la contribución y la capitación que paga él solo, ó casi solo, eran de 66 millones; en 1759 son de 93 millones, y de 110 en 1789 (1). En 1557 el impuesto es de 283.156.000 libras; en 1789, de 476.294.000. Indudablemente en teoría, por humanidad y buen sentido se le quiere aliviar, se tiene piedad de él. Pero en la práctica, por necesidad y por rutina, se le trata según el precepto del cardenal de Richelieu, como una bestia de carga á la que se mide la avena por miedo de que sea sobrado fuerte y cocee «como un mulo que, acostumbrado á la carga, más se echa á perder con un prolongado descanso que con el trabajo.»

(1) *Cuenta general de las rentas y gastos fijos en 1.º de Mayo de 1789* (imprensa real, 1789). De Luyne, XVI, 49. Roux y Buchez, I, 206, 374. (Aquí sólo se trata de las comarcas de elección; pero en las de Estados el aumento no es menor.) *Archivos nacionales*. H. 1610 (parroquia de Bourget, en Anjou). Extracto de los documentos de la contribución correspondiente á tres granjas de M. de Ruillè. Impuestos en 1762, 334 libras 3 sueldos; en 1783, 372 libras 15 sueldos.



Trofeo militar del siglo XVIII